

Catecismo 1519.

Art.5. LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS.

III. La celebración del sacramento.

2007

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1519

La celebración del sacramento comprende principalmente estos elementos: "los presbíteros de la Iglesia" (St 5,14) imponen —en silencio— las manos a los enfermos; oran por los enfermos en la fe de la Iglesia (cf St 5,15); es la epiclesis propia de este sacramento; luego ungen al enfermo con óleo bendecido, si es posible, por el obispo.

Estas acciones litúrgicas indican la gracia que este sacramento confiere a los enfermos.

Como vemos aquí se habla de **dos signos principales** en la celebración del sacramento: **la imposición de las manos y la unción con el óleo**. Decíamos en programas anteriores que lo normal es que este sacramento sea realizado junto a una liturgia de la Palabra que introduce propiamente la realización del sacramento, lo ilumina, nos da el sentido con que el Señor se hace presente en medio de la realidad del hombre. Por tanto, la Palabra de Dios es parte integrante de este sacramento, aunque dijimos que, en caso de urgencia, podría ser reducido a la mínima expresión, con la lectura de un versículo, e incluso suprimiéndolo. Después de la liturgia de la Palabra, el sacerdote dirige una homilía si hay posibilidad, y después la liturgia del sacramento hace la siguiente letanía:

“Con humildad y confianza invoquemos al Señor en favor de nuestros hermanos enfermos y ancianos aquí presentes.

Dígnate visitarlos con tu misericordia y confortarlos con la santa Unción.

R./ TE ROGAMOS, ÓYENOS.

Líbralos, Señor, de todo mal.

R./ TE ROGAMOS, ÓYENOS.

Alivia el dolor de todos los enfermos y ancianos de nuestra comunidad parroquial (de este hospital).

R./ TE ROGAMOS, ÓYENOS.

Asiste a los que se dedican al cuidado de los enfermos y ancianos.

R./ TE ROGAMOS, ÓYENOS.

Libra a estos enfermos y ancianos del pecado y de toda tentación.

R./ TE ROGAMOS, ÓYENOS.

Da vida y salud a quienes en tu nombre vamos a imponer las manos.

Se trata de **unas peticiones que preceden a la imposición de las manos**. Démonos cuenta de que el sacramento de la Unción es una visita de misericordia por parte de Dios. Recordemos que una de las obras de misericordia corporales es visitar a los enfermos, porque en el fondo es prolongar el estilo de Jesucristo, que tiene misericordia de nosotros acercándose a los enfermos y haciendo de ellos sus favoritos. Lo que Jesús hizo cuando estaba físicamente presente en tierra santa, ahora se prolonga sacramentalmente, y así, la administración de este sacramento es una visita de misericordia. Igual puede haber oyentes que ya no pueden ir a la Iglesia y que no se han atrevido a pedir esta visita de misericordia, porque les parece que van a molestar. Dejémosle a Jesús que nos visite porque Él quiere entrar en nuestras casas.

Algunas de las invocaciones de esta letanía suenan como al Padre Nuestro, pero desglosado: líbralos de todo mal, de toda tentación.

También se pide a Dios por quienes están al cuidado de los enfermos. Es una gracia la que Dios derrama sobre los que tienen que cuidar a los enfermos. También hay que confiar en que si el Señor le pide a alguien que tenga que cambiar sus planes de vida para cuidar a un enfermo en casa, Dios le asiste con su gracia, una gracia especial. Cuidar a un enfermo no es estrictamente un estado de vida, pero se le acerca mucho, porque supone hacer girar nuestra vida hacia una prioridad en la que uno sabe que no puede ausentarse. Hay que confiar en que cuando el Señor nos pide una entrega concreta, con toda seguridad, el Señor no lo pediría si no hubiera dado la gracia para ello. Es mucho más lo que recibimos que lo que damos. A veces, cuando una persona ha cuidado a un enfermo, se le oye expresarse en los siguientes términos: **“allí yo enterré unos años de mi vida”**; si alguno razona de esta manera decirle que le falta fe, que no se da cuenta de que ha recibido mucho más de lo que se ha dado. Que quede claro que mientras uno ha estado cuidando a esa persona enferma: **primero**, el Señor ha preservado al cuidador de muchos males, **segundo** le ha hecho valorar la vida de una forma tal que ha tenido la oportunidad de distinguir cuáles son los valores perennes y cuáles las cosas pasajeras, **tercera** le ha ayudado a rezar, **cuarto** le han recordado cuál es su destino y a le han ayudado a no engañarse de lo que es la vida. Por tanto, en el día del sacramento de la Unción de los enfermos, la Iglesia pide por los que los cuidan. Pero además es importante que los que cuidan hagan ese acto de fe, y confíen que, en ese camino en que Dios les ha puesto hay un regalo de Gracia, es un lujo y un don de Dios.

La última petición de las letanías introduce que **“en nombre de Jesús”** se va a proceder a imponer las manos para que obtengan vida y salud. El sacerdote, en silencio dentro de la liturgia, impone las manos. Hay que fijarse que, en todos los sacramentos, existe este momento que se llama **la epiclesis**. En algunos es muy fácil verlo, por ejemplo en la Confirmación. En la Eucaristía es el momento en que el sacerdote con las manos extendidas sobre las ofrendas invoca el don del Espíritu. La palabra epiclesis procede del griego *epicalaim* que significa **invitar para que el Espíritu Santo se haga presente y fecunde esa acción sacramental de la Iglesia. La acción del Espíritu hace presente la obra del Hijo de Dios en toda acción litúrgica. El Espíritu Santo, que ha sido invocado, es el que realiza la santificación de ese enfermo, quien da singularidad a ese sacramento.** En la forma de expresarnos podemos introducir cosas impropias, por ejemplo cuando se dice que el sacerdote consagra; el sacerdote invoca porque el sacerdote no es la causa eficiente, es el instrumento del Señor para que invoque al Espíritu Santo y su fuerza realice esta transformación. Además **la epiclesis** tiene doble efecto: en la Eucaristía el pan y el vino, por la fuerza del Espíritu Santo se transforma en cuerpo y sangre de Cristo, pero también hay otra vertiente (a esto se llama *epiclesis de comunión*) para que por la que la fuerza del Espíritu nos mantenga en comunión a los que participamos de ese cuerpo y sangre, y no seamos individualista. Los liturgos

dicen que la palabra **epiclesis** es la que da raíz a la palabra **eclesia**, que significa convocación. Hemos invocado al Espíritu Santo para que haga de nosotros Cuerpo místico de Cristo.

En la exhortación apostólica ***Sacramentum Caritatis*** el Papa, Benedicto XVI, echaba mano de una imagen, que ya utilizó en el discurso que tuvo con los Jóvenes en Colonia, de que la Eucaristía, en esa transustanciación que se produce en la consagración, se pone en marcha un proceso de transformación del hombre, del mundo, de la sociedad y de la historia, similar a lo que se produce en un proceso de ***fisión nuclear***, por el que el átomo se subdivide en partículas más pequeñas, liberando una gran energía, y suscitando nuevas divisiones. Esa primera transformación del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo en la Eucaristía, genera más transformaciones: el hombre viejo en hombre nuevo, la dureza de corazón en corazón misericordioso, y transforma la justicia en caridad, etc.... Esto también forma parte de la epiclesis.

En el sacramento de la Unción, con la imposición de las manos sobre el enfermo está pidiendo que la gracia del Espíritu Santo venga sobre el enfermo y realice una transformación. ¿Y qué transformación es esa? La petición de que el sufrimiento de ese enfermo, que en sí mismo es un mal que se padece, (igual que el pan es en sí mismo trigo) sea transformado en instrumento de redención. Que lo que por sí mismo no puede ser salvífico (¿cómo un sufrimiento y un dolor va a salvar? Lo que hará es hundir), por la fuerza del Espíritu Santo haya una transformación de ese sufrimiento para que sea salvífico uniéndolo al sufrimiento de Cristo, y además se pide por el don de la sanación.

Recordemos aquí Ezequiel 37 invocando sobre los huesos,

3 El Señor me dijo: «Hijo de hombre, ¿podrán revivir estos huesos?». Yo respondí: «Tú lo sabes, Señor».

4 El me dijo: «Profetiza sobre estos huesos, diciéndoles: Huesos secos, escuchen la palabra del Señor.

5 Así habla el Señor a estos huesos: Yo voy a hacer que un espíritu penetre en ustedes, y vivirán.

6 Pondré nervios en ustedes, haré crecer carne sobre ustedes, los recubriré de piel, les infundiré un espíritu, y vivirán. Así sabrán que yo soy el Señor».

7 Yo profeticé como se me había ordenado, y mientras profetizaba, se produjo un temblor, y los huesos se juntaron unos con otros.

8 Al mirar, vi que los huesos se cubrían de nervios, que brotaba la carne y se recubrían de piel, pero no había espíritu en ellos.

9 Entonces el Señor me dijo: «Convoca proféticamente al espíritu, profetiza, hijo de hombre, Tú dirás al espíritu: Así habla el Señor: Ven, espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos para que revivan».

10 Yo profeticé como él me lo había ordenado, y el espíritu penetró en ellos. Así revivieron y se incorporaron sobre sus pies. Era un ejército inmenso.

Este texto es muy utilizado para iluminar este momento de la **imposición de las manos**, igual que a Ezequiel se le mandaba hacer un conjuro sobre los huesos, nosotros litúrgicamente podemos servirnos de ella para entender cómo ponemos las manos sobre un enfermo pidiendo el don de la salud. El que creó de la nada tiene poder para sanar la enfermedad. Y con esa confianza se hace la imposición de las

manos, **epiclesis del sacramento**, invitación a que se haga presente el Espíritu Santo y transforme lo que en sí es un mal, en un instrumento salvífico.

El segundo momento de la celebración es el de **la unción con el óleo**. Lo lógico es que el óleo haya sido bendecido en la misa crismal de semana santa. Si hubiese una circunstancia de urgencia por la que el sacerdote no dispusiese de ese óleo, él puede, en ese momento, bendecir un óleo, aceite de oliva preferentemente, y si no hubiese también se permitiría el uso de otro aceite, pronunciando la siguiente oración: **“Señor Dios, Padre de todo consuelo, que has querido sanar las dolencias de los enfermos por medio de tu Hijo: escucha con amor la oración de nuestra fe y derrama desde el cielo tu Espíritu Santo Paráclito sobre este óleo. Tú que has hecho que el leño verde del olivo produzca aceite abundante para vigor de nuestro cuerpo, enriquece con tu bendición este óleo para que cuantos sean ungidos con él sientan en cuerpo y alma tu divina protección y experimenten alivio en sus enfermedades y dolores. Que por tu acción, Señor, este aceite sea para nosotros óleo santo, en nombre de Jesucristo nuestro Señor. Que vive y reina por los siglos de los siglos”**. Esta es la bendición que se permite hacer al sacerdote cuando no dispone del óleo bendecido por el Obispo.

En el caso de que el sacerdote sí disponga del óleo de los enfermos se hace una oración de acción de gracias, porque en ese oleo vemos una presencia de la Santísima Trinidad que ha actuado en esa bendición del óleo:

V. Bendito seas Dios, Padre todopoderoso, que por nosotros y por nuestra salvación enviaste tu Hijo al mundo.

R/. Bendito seas por siempre, Señor.

V. Bendito seas, Dios, Hijo unigénito, que te has rebajado haciéndote hombre como nosotros, para curar nuestras enfermedades.

R/. Bendito seas por siempre, Señor.

V. Bendito seas Dios, Espíritu Santo Defensor, que con tu poder fortaleces la debilidad de nuestro cuerpo.

R/. Bendito seas por siempre, Señor.

V. Mitiga, Señor, los dolores de este hijo tuyo, a quien ahora, llenos de fe, vamos a ungir con el óleo santo; haz que se sienta confortado en su enfermedad y aliviado en sus sufrimientos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

Y tomando el santo oleo el sacerdote unge al enfermo en la frente y en las dos manos. Antes de la reforma litúrgica esta unción se hacía en más parte del cuerpo, remarcando con ello que todos los sentidos corporales queríamos cristificarlos. La reforma litúrgica simplifica las cosas, en parte porque no forma parte de lo que Cristo instituyó, y son desarrollos posteriores que la Iglesia ha llevado a cabo, pero que con la autoridad que Cristo le ha conferido puede simplificar aquello que no ha venido de Jesucristo. Y mientras que se hace la unción se dicen las siguientes palabras:

POR ESTA SANTA UNCIÓN Y POR SU BONDADOSA MISERICORDIA TE AYUDE EL SEÑOR CON LA GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO.

R/. AMÉN.

PARA QUE, LIBRE DE TUS PECADOS, TE CONCEDA LA SALVACIÓN Y TE CONFORTE EN LA ENFERMEDAD.

R/. AMÉN.

Por tanto, mientras unguimos con el óleo, estamos pidiendo la gracia del Espíritu Santo, primero para librarnos de los pecados (recordemos que cuando se administra este sacramento a alguien que no ha podido confesarse previamente también es un instrumento para el perdón de los pecados, aunque cuando uno puede confesarse debe hacerlo), y después salud corporal y espiritual.

Terminadas esas dos partes del sacramento viene la **oración final**, que el ritual ofrece varias, pero la genérica es la siguiente:

Te rogamos, Redentor nuestro, que por la gracia del Espíritu Santo, cures el dolor de este enfermo, sanes sus heridas, perdones sus pecados, ahuyentes todo sufrimiento de su cuerpo y de su alma y le devuelvas la salud espiritual y corporal, para que, restablecido por tu misericordia, se incorpore de nuevo a los quehaceres de su vida. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

Está clarísimo, como veis, que este es un sacramento de sanación, donde se pide como objetivo que la persona se pueda incorporar de nuevo a los quehaceres de su vida. Claro que cuando la Iglesia celebra el sacramento ante un enfermo que está en la agonía, lógicamente no se reza esta oración, sino que la liturgia ofrece un tipo de oración distinta:

Tu que sabes hasta donde llega la voluntad del hombre, tu que siempre estás dispuesto a olvidar nuestras culpas, tu que nunca niegas el perdón a los que acuden a ti. Compadécete de este hijo nuestro que se debate en agonía. Te pedimos que unguido con el óleo santo y ayudado por la oración de nuestra fe se vea aliviado en su cuerpo y en su alma, obtenga el perdón de sus pecados y sienta la fortaleza de tu amor.

Es verdad que el Señor puede hacer un milagro muy llamativo, pero también hay que tener una aceptación de los hechos, de ver desde que situación concreta una persona está pidiendo la unción. Si está en agonía, lo lógico es que la Iglesia, en su oración, pida que esa persona sea confortada en la fortaleza de la esperanza, y que sepa que ese tránsito que está viviendo hasta llegar a la casa del Padre, lo viva con esperanza, y es el don principal que se pide en ese caso.

En la oración conclusiva de la liturgia del sacramento hay una capacidad de adaptarse a una situación u otra.

Quisiera que esta explicación del ritual sirva para que las personas se animen a su recepción al descubrir que hay un tesoro muy grande en este sacramento.

Alabado sea Jesucristo.